

CAL Y CANTO

Por:
Nicomedes
Santa Cruz



Juegos infantiles de ayer (II)

EL JUEGO DE BOLAS
— Este sano juego coincidía con la apertura del año escolar. O sea que, desde el 1º de Abril, primer día de clases, nuestro primer contacto social con los nuevos compañeros y el reencuentro con los antiguos, se realizaba espontáneamente durante el primer recreo del año, cuando en el pampón del colegio alguien lanzaba repetidas veces el desafiante grito de "¡Juego a pagar bolas!". Como otro niño aceptara el reto, satisfechos del caudal expuesto, acordado el tipo específico de juego entre sus seis variantes (piquita, fiocos, troya, chimple, cuarta, y cocachito y cuarta), reglas y monto de las apuestas; se iniciaba la contienda.

—¡Juego a pagar bolas, juego a pagar bolas...!
—¡Juego a pagar pelis!
—Te juego.
—Sacá fondo.
—Luquea.
—¿Jugamos a los cocos?...
—Yo no juego al chimple, te juego a la cuarta.
—¡Ya'stá. De a dos pelis, puras seriales. No aguanto [mudas

—Ahí'stoy!
—¡Limpia!
—¡Sucia!.. y sin largona.
—Un vercito!... Ahora sí: ¡me fui!...

—Pasan pelis.
—Con ayuda.
—¡Paga!
—¡Tatarí no paga!...

El juego se ejecutaba con muy diverso tipo de bolas: de piedra, de bronce, billas, de soda, de sucre, cholones y ojo'e michi.

LA BOLA DE PIEDRA fue la "reina de todas las bolas". Era labrada en pie-

dra pura. Las hubo en todos los matices de gris y hasta en hermoso tono verde-olivo. Su precio corriente era de un "chico", pero bien valían un "gordo" cuando su peso, dureza y simetría esférica eran perfectos. Su diámetro oscilaba entre los dieciocho y veinte milímetros, pero los buenos jugadores la preferían de quince. Estas, aunque más difíciles de dominar, ofrecían menor blanco a la bola contraria. Todas las bolas de piedra venían perfectamente pulidas, pero la invicta campeona de un jugador alcanzaba un pulimento maravilloso de tanto ser acariciada por su dueño, aún en horas de clase y mientras el maestro se esforzaba inútilmente explicando el emplazamiento de las tropas realistas al mando del General Canterac... Pese al tiempo transcurrido (treinta años), vibra aún en mis oídos el rico sonido del bolsillo repleto de bolas de piedra, agitado deliberadamente, como entusiasta desafío al juego... Lástima grande que a veces, al tiro desgraciado de una potente "chalaca", muestra mimada, nuestra intransferible, nuestra campeona bola de piedra se partiera en dos mitades, mostrando su rugosa y gris entraña; hecho que nos arrancaba la primera lágrima de pena en nuestra vida.

LA BOLA DE BRONCE era producto de algo así como un robo sacrilego. Ella pertenecía a la ornamentación del enorme lecho matrimonial de nuestros padres. Estos grandes catres de más de dos plazas, tenían en la cabecera y a los pies un envarilla-

do vertical que remataba sobre sus largueros horizontales en sendas bolillas de bronce, bronce de la más pura calidad, como el de las columnas, coronación de flores, y perillas de los cabezales de tan lujoso lecho. Pues bien, un día destornillamos una bolita de aquel altar donde se proyectó nuestro advenimiento al mundo. Como la bola fuera hueca la rellenas con partículas de plomo de un malherido soldadito. Y al siguiente día llegamos al colegio con una bola de bronce, superior a las de piedra porque quedaba *chanta*. Nos la ganaron y esa noche hurtamos otra de la cabecera del catre. Al poco tiempo la cama había perdido gran parte de su churrigueresca belleza, y nosotros habíamos ganado una linda latiguera.

LAS BILLAS eran las misma de los cojinetes de bolas en que giran los ejes de muchas maquinarias. Eran de puro acero-níquel y acero-cromo. Las había enormes, hasta de treinta milímetros de diámetro, pero en ningún tamaño servían para el juego, pues, —aparte de su vistosidad— eran resbaladizas, pesadas e inmanejables.

LA BOLA DE SODA fue tapón de un tipo de botella de soda cuyo contenido no alcancé a beber. Esta bebida se expendió en los tiempos de Leguía. La presión del gas impulsaba la bola hacia arriba y, haciendo de válvula, quedaba atascada en la boca del pico de la botella. Para beber bastaba con presionar hacia adentro. Y para extraer la bola y utilizarla en el juego era ne-

cesario romper la botella. La bola de soda no era buena, tenía poco peso por ser de vidrio barato, y su límpido color verde-botella se empañaba con los arañazos del juego.

LA BOLA DE SUCRE era, en realidad, de arcilla endurecida a fuego. Las había en todos los colores y tamaño, su precio era de dos por un "chico" y no se le concedía gran valor por la facilidad con que se partían. Al romper se una de estas bolas, se encontraba en su interior una pequeñísima bola, c alma, de unos cinco milímetros de diámetro. Hubo niños que donimaron tar pequeña bolita, a la que dieron el nombre de *pita chita*, pero su uso lo prohibían las reglas de juego.

EL CHOLON. Pese a su nombre: aumentativo de nuestro postergado *cholo*, fue el *cholón* una bola de lujo. Era de vidrio transparente, y en su interior, longitudinal, tenía unos espirales iridiscentes. Esta bola, cuyo diámetro estaba por los treinta milímetros, era propia de los niños formalitos que sacaban "20" en Aprovechamiento, "20" en Conducta y "20" en Aseo.

EL OJO'E MICHÍ, por su belleza, lo disputaban tanto el mataperro como el niñoito "hijo de su mamá". Fabricado en vidrio coloreado (amarillo, blanco, rojo, azul, etc.) con un gran círculo negro que abarcaba casi un hemisferio de la bolita, tuvo la apariencia de un verdadero ojo de gato (o "michi". De allí su nombre).

LA PITACHA era una bola diminuta, y su nombre obedecía más a su tamaño que a su composición material o colorido.